

Al término del ocaso.

por Blanca Martínez (Madrid)

[Obra finalista del concurso literario "Fenris el elfo",
organizado por la web LauraGallego.com en 2004]

La luz empieza a descubrir lentamente la silueta de las montañas. Los copos de nieve caen lentamente a través del cristal, sin llegar a cuajar por completo sobre el suelo de la plataforma almenada. Hoy es el aniversario de su llegada a la Torre, hace ya más de seis siglos. Recuerda, cansado, todo lo que ha ocurrido desde entonces. Todos sus amigos han muerto, incluso ella. Su hijo decidió que sería un lobo, no un elfo, y ahora andará vagando por las cenizas de los bosques élficos. Lo quemaron todo. Está solo en el gran edificio. Su pelo cano está salpicado por mechones cobrizos que recuerdan el color del que un día fueron sus cabellos, unas permanentes y profundas ojeras marcan el contorno de sus ojos ambarinos. El tiempo no perdona. Se siente viejo, fatigado. No tiene a nadie. Ya no se molesta en llorar a sus muertos, eso no va a solucionar nada. Las guerras se los llevaron a todos. Arrasaron en Reino de los Elfos. Y él no hizo nada. Él huyó como un cobarde y se refugió en la Torre. Pero sabe que, tarde o temprano, la muerte vendrá a su encuentro. Un lobo aúlla en la lejanía, una gran columna de humo se extiende a lo largo de todo el horizonte. El bosque fue diezmado hace años, el pueblo está casi destruido por culpa de los dragones de metal (no recuerda el nombre) de los humanos, apenas quedan lobos. Están acabando con todo, se dice con amargura. Cada día avanzan más y más, con sus máquinas que escupen fuego y plomo, haciendo un ruido ensordecedor. Hace poco colocaron unos artilugios en las montañas que, de vez en cuando, escupen bolas ardientes hacia lo que queda del pueblo. Sabe que también le observan. La era de los elfos acabó hace ya tiempo, pero él parece no querer asumirlo. Permanece impassible como único vestigio de una época que pasó hace más de cuatro siglos. Los hombres son ahora los únicos dueños del mundo. Hace ya tiempo, un jovencuelo le traía víveres todas las semanas y charlaba un poco con él. Eso aligeraba su soledad. Cuando se asombraba al oír las cosas que ocurrían en el mundo que le rodeaba, el chaval le solía decir: "Abuelo, debería salir más de este edificio...". Ese jovencuelo ya está muerto. Lo mataron. Y con él harán lo mismo en cuanto le encuentren. Pero no les dará esa satisfacción, no. Levanta la cabeza enérgicamente y mira al horizonte. Mataron uno por uno a todos sus congéneres, pero con él no harán lo mismo. Coge un estilete que tiene envuelto sobre la mesa y, después, abre la puerta que da al exterior. Sale. Quiere asomarse una vez más a aquellas almenas, ver por última vez lo que sus ojos vieron durante siglos. La nieve deja de caer, un suave viento mece sus cabellos en el aire. Al fondo, ve un pequeño convoy de extrañas máquinas que arrasan con todo lo que encuentran a su paso. Se acercan. Desenvuelve con cuidado el arma y la coge por la empuñadura. La hoja es de plata pura. Un solo corte, por mínimo que sea, y su sangre se emponzoñará en cuestión de segundos. Será letal. Se arrodilla y se arremanga el brazo izquierdo. La venas azuladas se vislumbran tras su fina y pálida piel. Un solo corte...

-¡NO!- alguien ha gritado desde la puerta. Esa voz... Vuelve la cabeza y el estilete cae de sus manos. Rompe a llorar. Un elfo joven de cabellos cobrizos y ojos de un verde intenso corre a su lado y le abraza.

-Hijo...- su voz es apenas un susurro audible y quebrado.

-He vuelto, padre. Sí, he vuelto. Vengo a buscaros con mi...

El anciano alza la cabeza y mira a la puerta. El contorno de una elfa joven se va dibujando lentamente ante sus ojos. A su lado, aparece también una figura menuda y de largos cabellos cobrizos. Menea la cabeza, todo parece un sueño para él.

-No, esto no...

-Sí, padre, sí. Esta es vuestra nieta.-la cría se acerca a él con paso aún inseguro y sonríe al verle. Él también sonríe y las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos.

-Se llama Idril, padre, y también es como nosotros.

Abraza a su pequeña nieta, la estrecha cariñosamente contra su pecho. Siente una alegría como hacía tiempo que no la sentía. Pero una voz quiebra esa sensación.

-No podemos demorarnos, los aviones no tardarán en volver y puede que pronto pongan en marcha las baterías de las montañas...

Ha hablado la madre de la pequeña. El joven elfo asiente. Él suelta a la pequeña.

-Vámonos, padre. Tenemos un hueco para vos en la manada, sólo tiene que transformarse en lobo y vendrá con nosotros a los refugios del Norte...

De pronto, se pone rígido, los músculos de su rostro se contraen.

-Hijo, ya no tengo fuerzas para poder transformarme en lobo.- toma el brazo que le tiende su hijo y se levanta pesadamente. Ya no tiene la misma agilidad.

-Pero...

-No, hijo, no. Yo pertenezco a una época y raza que murieron hace tiempo. He intentado resistir, pensando que las cosas cambiarían, pero ya no hay marcha atrás. Idos vosotros, que aún podéis salvaros. Yo..., yo moriría por el camino.- el ruido de las máquinas humanas se oye cada vez más cercano.

-Pero, ¿qué vais a hacer aquí?

-Esperaré la llegada de los...-frunce el ceño- de los dragones de metal y a que se pongan en marcha esos artilugios que escupen bolas ardientes desde las montañas.-Se vuelve, dándoles la espalda para asomarse de nuevo a las almenas. No quiere que le vuelvan a ver llorar. La elfa apremia al padre de su hija. Él, al final, cede.

-Hasta siempre, padre.

-Hasta siempre, hijo.

Pero necesita decirle una última cosa antes de que se marche.

-Hijo, estoy orgulloso de ti.

Nota como se cierra la puerta a sus espaldas. Al frente, los humanos se acercan más y más. Vuelve a estar solo. O eso cree. Cuando se vuelve, se ve rodeado de gente. Una elfa de cabellos rubio ceniza y aspecto salvaje, un lobo blanco, una muchacha pelirroja y un joven humano alto y moreno, un hombre medio calvo, una elfa de apenas doce años, un archimaga, otra muchacha rubia, una anciana enana y un muchacho rubio de ojos verdes junto a una chica que tiene el pelo negro como el ala de un cuervo. Empiezan a hablarle. "El único mago que hay entre nosotros." "Tú has encontrado un lugar entre los hombres." "¡Si tú hubieses desaparecido, yo ya habría removido cielo y tierra en tu busca!" "Maldita sea. Shi-Mae tenía razón: son inmortales." "Condenados elfos... no has cambiado absolutamente nada, Fenris." "¡Tú... eres un monstruo, un error de la naturaleza!" "Tú eres un lobo, Fenris" "¡No, Saevin!" "Aquel que no mira nunca hacia abajo es hombre muerto." "No sabía que los fantasmas oliesen a algo." "Tenemos que hacer algo, Fenris"...

Una fuerte explosión sacude la Torre. Las baterías se han puesto en marcha y ya han disparado contra la cúspide del edificio. Ésta se derrumba sobre la plataforma almenada, derribando al anciano elfo. Queda tendido boca abajo rodeado de escombros, incapaz de moverse y cubierto de polvo. Entonces, oye una voz. "Levántate, Fenris. Dame la mano." Con un esfuerzo sobrehumano, consigue alzar un poco la cabeza para ver quien le habla. Se encuentra con una mano tendida delante de él. Es la elfa del principio, la rubia de aspecto salvaje. "Dame la mano, Fenris." Alentado por esa voz, saca fuerzas de donde no las hay e intenta alcanzarla. Un ligero movimiento de su brazo y el apoyar la mano en un lugar equivocado hacen que, accidentalmente, algo se clave en su carne. El estilete. Su sangre se emponzoña rápidamente, pero apenas parece notarlo. Toma aire y, por fin, consigue alcanzar la mano de la elfa. De repente, se siente ligero y ágil, pudiéndose levantar con facilidad. Ahora ve con claridad quien es ella.

"Gaya...", murmura. No pudo evitarlo y la abraza con todas sus fuerzas para luego besarla. "Estoy soñando." "No, Fenris, no sueñas. Vuélvete y mira a tus pies." Él la obedece y vuelve la mirada. En el suelo, entre los escombros, yace el cuerpo inerte de un anciano octogenario de orejas puntiagudas. De su mano izquierda brota un ligero hilillo púrpura, sobresale bajo la palma la mitad de un estilete de plata también manchado de sangre. "Estas muerto, Fenris", susurra Gaya a sus espaldas. "Muerto..." Los demás empiezan a susurrar. "Sí, Fenris, muerto. Muerto. Muerto. Muerto..." "¡Noooo! ¡Mentís!", grita él, tapándose los oídos y abrazándose a la elfa. "No, Fenris, no mienten. Estás muerto, estamos muertos. ¿Acaso no lo recuerdas? Despierta, abre tus sentidos a este nuevo mundo. Te estamos esperando, Fenris. Somos nosotros, tus amigos." Ella le habla con voz dulce mientras lo separa lentamente de su cuerpo. Se mira a sí mismo: ahora es un joven elfo de cabellos cobrizos y fina piel bronceada. Al fin, mira a los demás y cree reconocerlos. Se va deteniendo delante de cada uno. "Me alegro de verte, hermano", Zor. "Te hemos estado esperando, Fenris", Salamandra. "Al final acabaste como Amo de la Torre, amigo", Jonás. "¿Recuerdas aquella teoría sobre los agujeros interdimensionales? Resulta que, al final, no existen. ¡Tanto trabajo para nada...!", Conrado. "¿Por qué no quisiste quedarte a vivir en el Reino si ya no eras un proscrito?", Nawin. "Espero que hayas podido perdonarme, Fenris", Shi-Mae. "En este mundo, las escuelas de magia ya no tienen futuro", Iris. "Elfo larguirucho...", Maritta. "Ya eres como yo, Fenris", Kai. "Bienvenido, amigo, al mundo de los muertos. Te estábamos esperando", Dana. La muchacha rompe la distancia que los separa y lo abraza. Los demás siguen su ejemplo y pronto se encuentra rodeado de viejos amigos. Hasta que el Guardián de la Puerta les apremia: han pasado fuera demasiado tiempo. Uno a uno, cruzan el umbral. Iris se detiene delante del Guardián. "¿De verdad que no puedo quedarme aquí contigo, para acompañarte?" "No, Iris. No quiero cargarte con mis

responsabilidades. ¡Bienvenido a la eternidad, Fenris!" El elfo se detiene. Es... es... ¡Saevin! Sonríe ampliamente y le saluda con la mano. Antes de que la Puerta se cierre por completo, todos pueden ver cómo la antigua magia de la Torre no puede nada contra la moderna de los hombres. El edificio que, por más o menos tiempo, fue su hogar, se desmorona ante el ejército de máquinas. El último vestigio del pasado ha caído, ya nadie en el mundo de los vivos les recordará.